

Adolfo Cáceres Romero

LA TIERRA SIN MAL

Epopeya del último Colorado en la Guerra del Acre



Grupo Editorial
Kipus

DESCONOCIDO COLORADO

Te busqué.

Estaba seguro de que existías.

Te busqué, te busqué...

Sabía que te encontraría en alguna de las páginas de nuestra historia.

Sabía que eras uno de los pocos sobrevivientes de la batalla del Alto de la Alianza que estaría presente en la defensa del Acre. ¡Ay!, Colorado sin nombre, al fin te encontré, en el último tramo de mi camino. Te encontré, te encontré entre los celajes de un sonrosado crepúsculo, dormido en la esquina de un olvidado escaparate. Te encontré entre hojas pálidas, gastadas por el tiempo. Te encontré, casi al azar, sin nombre. No importa, no importa Colorado. Tú y yo vamos a transponer el umbral del silencio, contando la última parte de tu existencia. Ambos, ambos sabemos que la tormenta estalla, cuando el silencio calla. Gracias, amigo mío, gracias hermano, por esta porción de tu vida. Estabas tan cerca de nosotros y no sabíamos quién eras. ¡Ay, hermano Colorado! Tu historia no solo es tuya, sino también mía y de toda nuestra amada Bolivia. Hubiera querido contarla íntegramente, pero los historiadores no te dedicaron nada más que las migajas caídas de su mesa; además, cómo podría: Tus hechos se pierden, diluidos en las lágrimas de los seres que te amaron y se fueron en silencio. ¡Ay, Colorado, es como si los pliegues de tu tiempo se hubieran cerrado, para sepultarte bajo una lápida de horas vacías! El tiempo que nos queda es tan corto como un suspiro. A medida que pasan los días, nos apremia y se nos encoje lo poco que aún nos resta. El tiempo, dueño de todo, aunque lo medimos en segundos, minutos, horas, años y siglos, para registrar nuestro paso, siempre nos depara una meta trágica. Así se consumen nuestros días, aquí, en el mundo de los

vivos. El tiempo sólo envejece en nuestro cuerpo. ¡Ay! Colorado. Cuánta nada, en el reverso de la vida, para aquellos que sólo creen las verdades de este mundo. Sin embargo, contigo descubrí que los valientes también aman, sufren y temen, pero nunca dejan de avanzar. Así llegaste, así, a la despedida de nuestro mar y de nuestro Acre. ¡Qué desgracia, hermano! ¡Qué desgracia! La adversidad nos entró por la puerta que dejaron abierta los gobernantes que nos legó la rueda de la fortuna.

¡Ay!, Colorado! Todos tienen que enterarse cómo pesaba en ti el momento en que saliste con vida de la plaza donde ibas a ser ejecutado; que saliste para refugiarte en cualquier parte de nuestro inmenso territorio; que así llegaste cerca al pueblo de Mohoza, en el altiplano paceño, donde te hiciste agricultor; y ahí también supiste lo que era amar a una mujer y perderla. Eran tiempos difíciles, lo sé. Siempre lo han sido en todo momento de nuestra Historia. La gente moría de hambre cuando decidiste abandonar tu hogar, ese fatídico 79. ¿Qué más, mi desconocido Colorado? Imagino tantas cosas de esta parte de tu vida, que no sé por dónde empezar. ¡Ah, sí! Creo que sería bueno hacerlo con la madrugada del 2 de marzo de 1899; me parece que es un buen comienzo. Tuviste que huir de Mohoza por la violenta aparición de los seguidores del Willka Zárate. ¿La guerra continuaba? ¿Ahora, entre nosotros? ¿Quién era el enemigo?, te preguntabas. ¡Ay, hermano! La respuesta está en nuestro origen. Seres de barro, somos los desarraigados de la tierra sin mal. ¡Ay, mi siempre recordado Colorado! Era como si el tiro de gracia que acabó con la vida de tus camaradas aún siguiera su curso, hasta alcanzarte.

Sin poder deglutir el pan amargo que mascabas, deseabas perderte entre ese laberinto de montañas que te cerraba el paso; montañas aun llenas del doliente marzo; ¡ay!, huir de todo eco, de toda voz; ser parte de la gran masa silenciosa de la noche; ser humo; ser neblina que se disipa en un instante; sin embargo, siguiendo la huella de unos arrieros, llegaste a Oruro, donde el Coronel Murguía –tu amado Comandante– se preguntaba por tu suerte, al saber que ocho de sus hombres habían sido fusilados; entonces, también, todos hablaban de que en el Acre las

armas volvían con estruendos de muerte, que un súbdito español, de apellido Gálvez de Arias, se había proclamado Presidente Provisorio del llamado Estado Independiente del Acre, en nuestro extenso territorio de Colonias. ¿Otra guerra? ¿Otra usurpación? Así era nuestra historia. Y así es, todavía. Hoy peleamos con las armas de la justicia, por un pedazo de nuestro mar. No podemos permanecer encerrados entre montañas. Nunca lo haremos. Es que tenemos un pueblo que no deja de soñar, por eso canta y baila, como pocos, a pesar de haber sido desmembrado por sus vecinos, a quienes no les guarda rencor. ¡Oh, Colorado! Llegaste a Oruro, cruzando una vasta llanura sembrada de piedras, yareta y paja brava; luego, apartado de los arrieros, traspusiste las dunas de los arenales, donde te habías sentido desolado, como si caminaras en un desierto sin fronteras. Tras de esas arenas que peinaba el viento, Murguía, tu Comandante, yacía en la soledad del olvido. Deploraba la deshonrosa muerte de sus hombres, ejecutados en una plazuela de la Ciudad Blanca; en cambio, tú desfallecías, pero no de cansancio, sino de dolor por la pérdida de Irene, mascando los panes que ella te había dejado. Te resultaba inútil huir de su recuerdo, en esa maraña de montañas, cuya cima se perdía entre las nubes que guardaban tus penas. La grava de tu camino se pintaba de negro en tus largas noches. Y así, poco después, estabas frente a Murguía, contemplando su encanecida cabellera. Te importaba su vida como si se tratara de tu padre. Cuando decidiste salir con tu aliento de coca, para ingresar en la espesura de los bosques del norte, lo hiciste por él, sólo por él. ¡Ay, Colorado! ¡Cuánto me cuesta seguir este tu rastro! Otra guerra, otras voces, siempre la misma sangre derramada.

Colorado sin nombre. Mejor no me adelantaré. Volvamos a la plaza donde fueron ejecutados tus ocho compañeros:

Era casi mediodía cuando los sacaron del calabozo, ese 8 de agosto de 1881. ¿Te acuerdas? Eran nueve, contigo; tú, el más joven, marchabas detrás de ellos; todos iban en silencio, templados por el fuego de las rebeliones y de la Guerra por el mar. Los llevaron a la plaza,

para escarmiento de los dacistas. El redoble de los tambores rompió el silencio; no duró mucho, alguien lo hizo callar. No merecían ese pregón de despedida. Al leerles la sentencia, se enteraron de que estaban ahí por haber complotado contra el gobierno de Campero (quien secretamente había dispuesto la disolución de tu heroico batallón); de ahí que, desde la retirada de Tacna, ustedes, los pocos sobrevivientes de los 580 valientes colorados que hicieron temblar a los rotos, se hallaban dispersos y abandonados. Con Daza en el exilio, Campero los consideraba un peligro para la estabilidad de su gobierno. Reclamar por sus salarios le dio el motivo para acusarlos de subversores; pocos sabían que los había licenciado meses atrás, sin pagarles ni la soldada.

Tè sentiste desamparado cuando el capellán, que los acompañaba con letanías de la buena muerte, se apartó del grupo; los había bendecido rociándoles con agua sagrada, antes de retirarse para orar en silencio. La gente los miraba pasar, muda y consternada, tal vez alguien pensó en ese instante en el “Mártir del Gólgota”, obra de Pérez Escrich, que se había puesto de moda entre los lectores de entonces; de pronto, entre esos hombres y mujeres reconociste al niño al que le habías enseñado cómo envolver su trompo, para hacerlo bailar. Casi todos los días aparecía en el patio del cuartel. Colegiste que era el hijo de algún oficial de alto grado. El Mayor de la Plaza Ayacucho estaba encargado de la ejecución. La noche anterior se había opuesto a formar el pelotón, con los sobrevivientes del batallón Aroma, a los que llamaban “Los Coloraditos”.

No bien ingresaron a la plaza, fueron ubicados de acuerdo a su grado: en primer lugar –a la derecha de los espectadores, donde oraba el sacerdote–, fue colocado el capitán al que todos ustedes respetaban en el batallón; él había sido quien, tan pronto fue herido el coronel Murguía, en la batalla de Tacna, los alentó a seguir luchando; luego, en la fila de los condenados, estaban dos tenientes, un subteniente, un sargento y tres soldados con abarcas. Tú eras el último, por ser el más joven. El capitán te dijo: *Ánimo, muchacho, todo pasará rápido. Le sonreíste, con gratitud, mientras repicaban las campanas con un*

fúnebre tañido que se fue multiplicando en la blanca ciudad. Empezaste a tranquilizarte cuando viste que el niño envolvía su trompo tal como le habías enseñado. Bien, así se hace, murmuraste. Alguien tosió ahí cerca. Era el mayor que comandaba el pelotón, sable en mano. Sin que lo advirtieras, se te aproximó un oficial y te sacó de la fila, justo, justo el momento en que los coraceros se ponían delante, a diez pasos de tus camaradas. Te llevó al cuartel y ahí, en el patio, estaba el niño, con su padre que les dijo que se fueran a jugar, al canchón de atrás. ¿Vamos?, te dijo el niño, poniéndose a correr, mientras mirabas las medallas en el pecho del coronel. No era Murguía. No podía serlo, pues él jamás ostentaba sus blasones. Ve con él, muchacho, te dijo el coronel, con una sonrisa. Ibas a correr tras del niño, pero el tronar de una descarga cerrada te paralizó las piernas.

Esa descarga nunca se alejó de tu mente. Siempre estaba ahí, con ocho Colorados en una celda sin puertas; era como un reptil venenoso que se desenrollaba a la luz de tus recuerdos. Cuando saliste de Mohoza, tomaste tu vieja mochila, tu chaqueta colorada, cuyas manchas de sangre, de los camaradas a los que habías socorrido –apenas callaron las armas en el Alto de la Alianza–, había lavado Irene. También sacaste del cántaro los panes que ella amasó el día anterior, y el dinero que guardabas en una ollita de barro. Habías escuchado sus gritos en la hacienda vecina, donde vivía. Ibas a auxiliarla, pero la furia de la turba indígena era incontenible. Disparaban a diestra y siniestra, matando al primero que se cruzaba en su camino; así acabaron con la vida del jinete, al que defendía Irene, y luego con ella y sus dos hijos. Su esposo estaba de viaje. Nada pudiste hacer. Eran tantos. Mohoza se bañaba en sangre. La noche de ese primer día de marzo de 1899 se hizo larga, tan larga como tu agonía; los gritos de Irene y del resto de las mujeres, que miraban aterradas cómo amontonaban los cadáveres de los jinetes del escuadrón Pando, hicieron que corrieras, como un loco, alrededor de los abandonados surcos y sementeras, entre humeantes fogatas, encendidas para ubicar a los jinetes que perseguían; así amaneciste, llanto en los ojos, espantando a las aves carroñeras que

poblaban ese cielo amortajado de nubes sangrientas; en ese trance, también, mirando el cielo, preguntabas: ¿Por qué, Señor, tanto odio? ¿Por qué? ¿Por qué? La imagen de Irene hería tu mente. Ella te había enseñado cómo labrar la tierra; mientras su esposo viajaba, llevando sus productos a otros mercados, en las grandes ciudades. El destino los había unido. Tenías veinte años y ya eras un hombre con muchas cicatrices en el alma y en el cuerpo. La amabas. La amabas. Lo supiste desde el primer momento, ella también; y no pudieron detener la pasión que se había apoderado de sus delirantes cuerpos. Se amaron en silencio, haciendo el amor a la luz de una vela. Su amor clandestino duró más de 10 años. Mohoza también era eso, por encima del espanto.

¡Ay, Colorado! Al amanecer de ese fin de siglo ibas hacia el poniente, buscando las estrellas que se diluían al asomar el sol. ¡Hermano Colorado! Estabas tan triste y solo, porque también te habías enterado de que el Cnl. Murguía se hallaba en la miseria, muy enfermo. El día anterior, uno de los jinetes se había aproximado a tu chacra; quería un poco de agua para su cantimplora y, al ver tu chaqueta colgada en la pared, te dijo que tu Comandante se hallaba, en Oruro, solo y enfermo. Pensaste en él, sin poder dormir esa noche.

Los indígenas que proclamaban al Willca Zárate, como jefe supremo de la nación, acabaron con la vida de los jinetes, a pesar de que habían sido sus aliados. Los pocos pobladores de Mohoza, les suplicaban piedad, mientras los zaratistas buscaban a los sobrevivientes que se habían refugiado en las haciendas vecinas. Esa noche triste de llanto y luto marcó para siempre al pueblo de Mohoza, en nuestra Historia.

Marchabas sin rumbo seguro, metiéndote en las quebradas para dormir; trepabas las montañas, mirando la gran cadena que te aguardaba, hasta que, por fin, te encontraste cruzando las calles de Oruro. Entonces, recién sentiste alivio. Te ibas a encontrar, una vez más, con tu heroico Comandante. La última vez que lo habías visitado en su solitaria casona, estaba al cuidado de una mujer que vendía comida cerca del mercado,

al pie del faro Qonchupata, donde flameaba nuestra tricolor. Ahora lo encontraste solo y demacrado, con su larga cabellera blanca. Se alegró al verte. Antes de salir, la mujer le había dejado un plato de lagua que quiso compartir contigo. La buena noticia que te dio fue que el gobierno de Pando les había restituido su pensión vitalicia a los sobrevivientes del batallón Colorados. Te dijo que no era mucho, pero podía ayudarles a vencer el hambre. Te recomendó acudir al Ministerio de Guerra, que estaba a cargo del Dr. Ismael Montes. Sin embargo, por esos días, todos hablaban de la sublevación de los separatistas del Acre. De ahí que, cuando el Cnl. Murguía te dijo que el Tcnl. de los Colorados, José Quintín Ruiz, estaba entre los convocados a defender ese territorio y que podría ser nombrado Jefe de Estado Mayor de las fuerzas de Pando en el Acre, no solo pensaste en la posibilidad de enrolarte, sino en hacer que la nación honrara a su olvidado héroe de la Guerra del 79. Aunque faltaban dos meses para que cumplieras 38 años de pesares, sentiste que para ti sería una buena celebración dejar tus despojos en el campo de batalla.

“Adolfo Cáceres Romero ha dado a Bolivia su primera epopeya, la odisea del Colorado que luchó por la integridad patria, en las playas del Pacífico y, todavía en la tragedia, partió a la defensa del Acre. *La Tierra sin Mal* es la epopeya del pueblo indómito, formado en las terribles fraguas que le dieron conciencia. Es, y con mucho, el mayor rescate de la memoria del Acre, obra que fusiona todas las voces del autor: genio literario, investigador paciente y bienaventurado, incombustible defensor de la identidad nacional, faro entrañable de la cultura boliviana”.

Germán A. de la Reza

“Adolfo Cáceres Romero, es un escritor cuya obra literaria, para satisfacción de sus lectores, ha llegado a la madurez plena. Desde hace varios años Cáceres se propuso escribir una saga acerca de las guerras que Bolivia ha sostenido con sus vecinos, lo hizo para llenar el vacío de una asignatura pendiente en nuestra literatura y para mostrarnos una versión diferente a la historia oficial, a veces, tan cínica y mentirosa, respecto a las verdades históricas. A esa saga pertenece *La tierra sin mal, Epopeya del último Colorado en la Guerra del Acre*, novela en la que proyecta una especie de Cantata narrativa al estilo de los poetas grecolatinos como Homero y Virgilio y, por eso, la historia contada se vuelve canto; mientras el autor va escribiendo su prosa poética, la ameniza con poemas. Esta obra es un canto épico a quienes defendieron la heredad nacional en la selva amazónica, en una guerra de la que nadie quiere acordarse, porque al igual que en la época, año 1899, que perdimos la mayor porción de territorio boliviano; ahora tampoco las autoridades quieren saber de este vasto espacio verde esmeralda. El lector podrá conmoverse con fragmentos que son poesía pura y otros que, como recomienda Cáceres Romero, bien pueden ser leídos escuchando las sonatas de Beethoven y Debussy; yo lo comprobé y uno entra en un trance épico y mágico. ¡Extraordinaria novela!”.

Homero Carvalho Oliva

ISBN: 978-99974-14-26-7



9 789997 1414267